

MANUEL DORREGO

BIOGRAFÍAS ARGENTINAS

colección dirigida por
GUSTAVO PAZ y JUAN SURIANO

GABRIEL DI MEGLIO

MANUEL DORREGO

Vida y muerte de un líder popular



Di Meglio, Gabriel
Manuel Dorrego : vida y muerte de un líder popular. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Edhasa, 2014.
424 p. ; 22,5x15,5 cm.

ISBN 978-987-628-297-0

1. Dorrego, Manuel.Biografía. I. Título
CDD 921

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Primera edición: mayo de 2014

© Gabriel Di Meglio, 2014

© Edhasa, 2014

Córdoba 744 2º C, Buenos Aires

info@edhasa.com.ar

<http://www.edhasa.com.ar>

Avda. Diagonal, 519-521. 08029 Barcelona

E-mail: info@edhasa.es

<http://www.edhasa.es>

ISBN: 978-987-628-297-0

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Impreso por Kalifón S.A.

Impreso en Argentina

A mis hijas, Magdalena y Catalina

Índice

Introducción	11
Capítulo 1. Un joven revolucionario	19
Capítulo 2. Aventurero	49
Capítulo 3. La otra guerra.....	87
Capítulo 4. Provocaciones.....	113
Capítulo 5. El destierro	139
Capítulo 6. En nombre del orden.....	167
Capítulo 7. El líder popular	201
Capítulo 8. El líder federal.....	241
Capítulo 9. Ascensión	281
Capítulo 10. Martirio.....	333
Epílogo. Muchos Dorrego.....	383
Fuentes.....	391
Bibliografía y compilaciones documentales sobre Dorrego.....	397
Bibliografía general citada	401
Agradecimientos.....	415

Introducción

Alegría o tristeza, ¿qué significa la revolución para vos?

The Cult

Juan Manuel de Rosas llora. No oculta sus lágrimas, todos pueden ver que el gobernador está llorando. La voz vibra mientras alaba la trayectoria del difunto y arroja una guirnalda sobre su tumba para concluir la ceremonia. La multitud observa, rodeada de banderas enlutadas. Los uniformes del ejército y la milicia otorgan alguna regularidad a una imagen variada, ya que cientos de personas, hombres y mujeres, ricos y humildes, se apretujan sin orden en el cementerio del Norte para este acto final de la larga jornada. Antes, algunos ciudadanos condujeron a pulso el carro con el féretro desde el fuerte hasta la catedral; dos caciques llegados de la frontera y cincuenta mendigos –que el gobierno vistió para la ocasión– lo escoltaron en el breve periplo, mientras cañonazos y descargas de fusil creaban una atmósfera solemne. En el interior, la orquesta ha interpretado el Réquiem de Mozart. Termina la misa y luego sí, en marcha hacia la Recoleta para el último homenaje. Nunca, lo destacan todos, se ha visto algo así en la ciudad. Es el 21 de diciembre de 1829 y Buenos Aires saluda a quien ha sido su gobernante, asesinado un año antes. Se despide del líder federal, del “padre de los pobres”. Le dice “adiós, adiós para siempre” a Manuel Dorrego.¹

Indudablemente, solo un personaje excepcional puede generar semejante conmoción en sus exequias. Y eso fue Dorrego: revolucionario, guerrero de la independencia, promotor del republicanism, exiliado, dirigente popular, demócrata convencido y referente del federalismo. Impetuoso en sus actos, provocador en sus escritos y discursos, querido y odiado como pocos de sus contemporáneos. Dejó su impronta en un país que se estaba formando. Vivió su vida a puro vértigo, por sus rasgos

personales y porque la época, marcada por la revolución, lo empujó a hacerlo. Arriesgó permanentemente, ganó y perdió. Su fusilamiento provocó una guerra decisiva. Su recuerdo fue cantado en los fogones. Su vida, y su muerte, apasionan todavía hoy.

Dorrego es uno de los pocos personajes federales que ingresaron en el panteón de héroes nacionales. En todas las principales ciudades del país, por ejemplo, hay desde hace décadas calles con su nombre, lo cual no ocurrió con otros paladines de ese movimiento. Su figura ha estado muy presente en la memoria pública, en los discursos de distintas fuerzas políticas y también en el arte a lo largo de la historia argentina, con mayor o menor intensidad de acuerdo al momento.²

Por supuesto, también los historiadores le dedicaron una atención considerable. Desde el siglo XIX se publicaron al menos 26 biografías —ya un año después del fusilamiento su compañero político Pedro Cavia escribió la primera— y recopilaciones documentales centradas en él. Existen además otros 14 libros y numerosos artículos que abordan aspectos parciales de su vida, lo cual lo convierte en una de las figuras argentinas más visitadas por la historiografía, porque además todas las historias generales del país o de esa época le dedican unas páginas.³ De aquellos 40 libros que lo tienen como protagonista, nueve fueron publicados entre 1998 y 2011, lo cual muestra que el interés por Dorrego se ha mantenido e incluso incrementado.⁴

¿Por qué escribir otra biografía, una más, sobre un personaje que ya fue tan discutido, tan explorado? Considero que faltan elementos por esclarecer de su trayectoria y espero que esta obra ayude a conocerlos. Asimismo, se presentan aquí hipótesis nuevas sobre algunos aspectos centrales de la vida de Dorrego. Finalmente, creo que como dijo un gran historiador, “la historia tiene que ser reescrita en cada generación porque, aunque el pasado no cambia, el presente sí lo hace”, y entonces las preguntas se transforman.⁵ Analizar a Dorrego desde la actualidad es estimulante tanto por el regreso de debates acerca del siglo XIX argentino en la escena pública, como porque es posible revisar su vida a la luz de distintos hallazgos que hicieron los historiadores en los últimos años sobre su época, que permiten pensarla de modos novedosos.

No oculto mi simpatía por Dorrego —me parece difícil investigar una vida en profundidad sin sentir atracción o rechazo por la persona estudiada— pero este libro no es una hagiografía, una celebración, como ha

ocurrido con antiguas obras que lo plantean como un héroe sin mácula, buscando disimular los hechos menos felices que protagonizó o justificándolos para defenderlo. Mi intención, en cambio, es comprender a Dorrego en la sensibilidad y las luchas de sus días, recobrar su intensidad como individuo, explorar cómo combinó sus ambiciones personales con causas colectivas, cómo percibió la revolución que condicionó su existencia y también qué le aportó a ella; explicar cuáles fueron las experiencias en las que modeló sus ideas y sus formas de hacer política, por qué fue tan querido y tan detestado, cómo se convirtió en un líder, cuáles fueron las causas de su fusilamiento y por qué su muerte tuvo tanto impacto. Seguirlo en su permanente movilidad, aprovechándola para iluminar brevemente cómo eran los escenarios en los que le tocó actuar: de Buenos Aires –ciudad natal y eterno punto de retorno– a Santiago de Chile; Tucumán, Salta y Jujuy; la Banda Oriental y Santa Fe; Jamaica y Baltimore; Santiago del Estero y la recién nacida república de Bolivia. Entenderlo *en* su época. Y dilucidar aspectos de ella a través de su derrotero vital.

Para lograr esos objetivos tomé, por supuesto, información presentada en varias biografías anteriores y también acudí a los aportes de textos sobre aspectos más específicos de Dorrego.⁶ Intenté asimismo corregir ciertos datos erróneos que fueron repetidos de libro en libro. Como la mayoría de las biografías, opté por un orden cronológico clásico para la exposición, fundamentalmente porque la vida de Dorrego es divisible en etapas que pueden delimitarse con claridad y que son bien diferentes una de otra, con lo cual es provechoso ir presentándolas en orden, siguiendo los caminos del protagonista.

Utilicé una documentación amplia, con características y procedencias muy diversas. En primer lugar, apelé a la producción escrita del propio Dorrego, que es variada, pero así como abunda en algunos períodos de su vida es escasa o inexistente en otros. Se conservan varias cartas –algunas muy significativas–, los artículos que publicó en distintos periódicos –*La Crónica Argentina*, *El Republicano*, *El Argentino*, *El Tribuno*–, el breve diario de una campaña militar, y sus abundantes comunicaciones y medidas de las dos oportunidades en que fue gobernador de Buenos Aires. Su voz puede “escucharse”, asimismo, en algunos juicios y en sus interesantes intervenciones parlamentarias, que han quedado registradas en los diarios de sesiones de la legislatura porteña

en 1823 y del congreso constituyente de 1826 y 1827. Luego hay que recurrir a lo que opinaban de él sus contemporáneos: en la prensa local, en la correspondencia, en informes de diplomáticos, periódicos y viajeros extranjeros, en los partes militares de sus jefes, en los litigios en los que se vio involucrado y en lo que se dijo más tarde en distintas memorias y autobiografías. Muchas de las fuentes que usé fueron empleadas en biografías anteriores –incluso se han publicado en apéndices documentales sumamente útiles– y hay obviamente citas que han sido ya incluidas en todos los libros sobre el tema, pero también añadí documentos inéditos, algunos de los cuales no fueron utilizados previamente. En todos los casos modernicé la caligrafía para favorecer la lectura.⁷

Mi interés por Dorrego es ya largo y se me permitirá referir una anécdota infantil al respecto, que ilustra en parte las construcciones de relatos sobre el pasado en la Argentina. En 1983 o 1984, cuando estaba en quinto o sexto grado de la primaria, hicimos una excursión al Museo Histórico Nacional, a cuyo término nos sirvieron leche chocolatada –o quizás mate cocido– en vasos rojos y celestes, lo cual sirvió para que la guía dijera que según el color que tuviéramos éramos federales o unitarios. Al día siguiente, y como algo excepcional, el juego en el colegio fue ese: federales contra unitarios, y durante un par de semanas la actividad de los recreos, que era básicamente una excusa para empujarse y cruzar imaginarias espadas, se basó en las guerras civiles argentinas, para luego volver a inspirarse en series televisivas como *SWAT*, *Combate* o *Brigada A*. En aquella repartija inicial de vasos me había tocado en suerte ser unitario; guía o maestra mediante, cada uno adoptó un personaje. Sinceramente no recuerdo cuál fue el mío –Sarmiento tal vez– pero cuando llegué a mi casa y me proclamé unitario el comentario risueño de mi papá fue que era mejor ser federal porque los unitarios eran “los malos”. Era un argumento convincente y cambié de bando, eligiendo ser el poderoso Urquiza, pero al llegar a la escuela me encontré con que un compañero de los que habían recibido vaso rojo reclamó ese nombre por haberlo pedido primero y además, como era entrerriano, tenía especial derecho a él. Decidí entonces ser Rosas, pero cuando volví y me puse a charlar con mi mamá sobre ese personaje –sin mencionarle el motivo– me comentó al pasar algo que me hizo repensar la elección: Rosas, dijo, había sido federal, pero también había sido autoritario. Situación compleja, más

en ese momento de apertura democrática donde cualquier signo autoritario era particularmente execrable, ¿quién podía ser? Ahí estaba Dorrego, con su perfil heroico, pero lo habían matado y no era muy tentador ser alguien que había perdido (aunque también es verdad que buena parte del resto de los héroes federales había terminado trágicamente, como Quiroga, Ramírez, Peñaloza y el mismo Urquiza). Al final me convencí y fui Dorrego por unos días. Leí acerca de él y se convirtió en mi figura histórica favorita; su muerte me indignaba. Con los años lo olvidé, pero nunca del todo. Ya como investigador, empecé a analizar al personaje cuando me dediqué a explorar los rasgos de la participación política popular en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX. Me atraía su carácter de “tribuno de la plebe”.⁸

Desentrañar las razones por las cuales Dorrego fue tan popular y cómo construyó su liderazgo es precisamente un objetivo central de este libro. No sólo debido a que es fundamental para entender su vida sino también porque contribuye a entender una cuestión clave para la Argentina, constitutiva en el largo plazo de su cultura política: la relación entre ciertos líderes y las clases populares. De todos modos, mi perspectiva no se limita a ese problema crucial. Al comenzar a investigar a Dorrego fui incorporando otros aspectos de gran interés, como la relación con su padre portugués, su opción por la revolución, su papel de militar exitoso en el combate, innovador en estrategia e indisciplinado con sus superiores, su responsabilidad en los desmanes porteños cometidos en la Banda Oriental y Santa Fe, lo que ocurrió en su poco conocido exilio estadounidense y la influencia que recibió de las ideas jeffersonianas que allí primaban, sus diferentes posicionamientos en los escenarios políticos porteños, su concepción de la república y de la democracia, su liberalismo y su defensa de un proteccionismo agrario, su anticlericalismo y su recelo hacia los extranjeros, su actuación parlamentaria y periodística, su relación con personajes clave como Belgrano, San Martín, Pueyrredón, Rosas y Bolívar, sus dificultades económicas, lo poco que se puede reconstruir de su vida familiar, y los pequeños episodios que protagonizó cuando intervino públicamente. Y, de modo central, qué concepciones sobre el federalismo defendió cuando lo propuso como régimen alternativo al unitario para organizar el país.

En las páginas que siguen procuro reunir esas facetas en un retrato amplio, que espero sirva para comprender a uno de los individuos más

fascinantes del siglo XIX rioplatense y, por qué no, para contar con nuevos elementos que permitan pensar aspectos centrales de la historia argentina.

NOTAS

¹ La descripción más minuciosa de la jornada es la del diario personal de Juan Manuel Beruti, quien dice que Rosas estaba “todo conmovido” y “sin poder contener las lágrimas” (consigna también el “adiós, adiós para siempre” con el cual el Restaurador cerró su alocución), en *Memorias curiosas*, Buenos Aires, Emecé, 2001, pp. 437 a 440. Otra buena descripción en el periódico *The British Packet. De Rivadavia a Rosas*, recopilación, traducción, notas, prólogo e índices de Graciela Lapido y Beatriz Spota de Lapieza Elli, Buenos Aires, Solar/Hachette, 1976, pp. 279 a 282.

² En el epílogo reviso brevemente de qué modo fue recordada la figura de Dorrego a lo largo de la historia y las razones de su lugar en el panteón.

³ Entre las biografías que más circularon están las de José T. Guido, *Vida de Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Imprenta y Librerías de Mayo, 1877; Mariano Pelliza, *Dorrego en la historia de los partidos unitario y federal*, Buenos Aires, C. Casavalle, 1878; Carlos Parsons Horne, *Biografía del coronel Dorrego*, Buenos Aires, Coni, 1922; Juan Manuel Tonelli, *Manuel Dorrego, apóstol de la democracia*, Buenos Aires, Huarpe, 1945; Arturo Capdevila, *Historia de Dorrego*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1949; Lily Sosa de Newton, *Dorrego*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1967; Andrés Carretero, *Dorrego*, Buenos Aires, Ediciones Pampa y Cielo, 1968; y Hernán Brienza, *El loco Dorrego*, Buenos Aires, Marea, 2007. Todas ellas han sido consultadas para este libro.

⁴ Luis Fernando Conde, *Manuel Dorrego: una clave para nuestra historia*, Piso, Uruguay, Florida Blanca, 1998; Enrique Mayochi, *Manuel Dorrego: diputado del país federal*, Buenos Aires, Círculo de Legisladores de la Nación Argentina, 1999; Gisela Aguirre et al, *Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Planeta, 2000; Brienza, *El loco Dorrego*, op. cit., 2007; Raúl Fradkin, *¡Fusilaron a Dorrego! O cómo un alzamiento rural cambió el curso de la historia*, Buenos Aires, Sudamericana, 2008; Gustavo Recalt, *Manuel Dorrego, “una senda cubierta de espinas”*, La Plata, Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, 2010; Antonio Calabrese, *Manuel Dorrego: el héroe y sus tribulaciones*, Buenos Aires, Lumiere, 2010; Argentino Veraz, *Las locuras y hazañas de Manuel Dorrego, un héroe argentino*, Buenos Aires, Dunken, 2011; Inés M. Calceglia, *Manuel Dorrego, el primer asesinato político de la historia argentina: acerca de la transformación del adversario político en enemigo*, Buenos Aires, Ediciones Fabro, 2011.

- ⁵ Christopher Hill, *El mundo trastornado. El ideario popular extremista en la revolución inglesa del siglo XVII*, Madrid, Siglo XXI, 1983, p. 4.
- ⁶ El libro general que más utilicé —especialmente en los primeros capítulos— fue Parsons Horne, *Biografía del coronel Dorrego*, op. cit., ejemplo de trabajo celebratorio sobre el personaje pero también de investigación profunda, que además funcionó de modelo para muchas de las biografías posteriores. Entre los que tratan temas específicos destacan Alberto Del Solar, *Don Manuel Dorrego. Ensayo histórico sobre su juventud y especialmente sobre sus hechos en Chile durante su vida de estudiante*, Buenos Aires, Félix Lajouane, 1889; Saturnino Uteda, *Vida militar de Dorrego*, La Plata, edición del autor, 1917; Bonifacio del Carril, *El destierro de Dorrego. 1816*, Buenos Aires, Emecé, 1986; Juan Carlos Nicolau, *Dorrego gobernador. Economía y finanzas (1826-27)*, Buenos Aires, Sadret, 1977; Ernesto Fitte, *Dorrego y Rosas. Entretelones del soborno de tropas mercenarias al servicio del Brasil*, Buenos Aires, Editorial Fernández Blanco, 1961; Ángel Justiniano Carranza, *El general Lavalle ante la justicia póstuma*, Buenos Aires, Igon Hermanos, 1886 (reeditado casi un siglo más tarde como *Por qué Lavalle fusiló a Dorrego*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973); Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, *El asesinato de Dorrego. Poder, oligarquía y penetración extranjera en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Peña Lillo, 1965; Fradkin, *¡Fusilaron a Dorrego!*, op. cit.
- ⁷ Los libros citados de Parsons Horne, Uteda, Del Carril, Carranza y Ortega Peña-Duhalde cuentan con completos apéndices documentales que se utilizan repetidamente a lo largo de este libro. También hay apéndices con fuentes en Alberto del Solar, *Dorrego. Tribuno y periodista*, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hnos., 1907, y en Marco de Estrada, *Una semblanza de Manuel Dorrego*, Buenos Aires, Editorial Barreda, 1985. Además está la compilación *Dorrego y el federalismo argentino. Documentos históricos* (con introducción de Antonio Dellepiane), Buenos Aires, Editorial América Unida, 1926, la de Rodolfo Trostiné, *Dorrego. Testimonios de una vida*, Buenos Aires, Sociedad Impresora Americana, 1944, y la de Osvaldo Guglielmino, *Manuel Dorrego. Civilización y barbarie*, Buenos Aires, Ediciones Castañeda, 1980. Varias fuentes que utilicé provienen de compilaciones generales, como la *Biblioteca de Mayo*, las *Asambleas Constituyentes Argentinas*, el *Archivo Artigas* de Uruguay y otras menores; también del *Diario de sesiones de la Honorable Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires*, del Public Record Office de la diplomacia británica (disponible en la biblioteca de la Academia Nacional de la Historia) y de distintos libros de memorias, diarios y cartas de protagonistas locales y extranjeros. En cuanto a la documentación no publicada, proviene en su gran mayoría de distintos fondos documentales de las salas VII y X del Archivo General de la Nación (AGN), pero también del Archivo General del Ejército, del Archivo Estanislao Zeballos de Luján y de fondos de Brasil y Estados Unidos que visité para otras investigaciones; me fue facilitado incluso un expediente del Archivo de los Tribunales de Jujuy. Los periódicos

cos originales fueron consultados en la colección Celesia que se encuentra en la biblioteca del AGN y en el Museo Mitre de Buenos Aires. Todo se cita convenientemente a lo largo del libro.

⁸ Sobre eso publiqué un artículo llamado “Manuel Dorrego y los *descamisados*. La construcción de un liderazgo popular urbano en la Buenos Aires posrevolucionaria”, en la revista *Estudios Sociales*, año XV, n.º 29, Santa Fe, 2005; y también trabajé sobre él en mi libro *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2006.

Capítulo 1

Un joven revolucionario

Lucharemos por el derecho a ser libres.
Construiremos nuestra propia sociedad.
Y cantaremos, cantaremos nuestra propia canción.

UB40

EL PORTUGUÉS

Cuando José Antonio Do Rego desembarcó en Buenos Aires en 1766 es probable que no tuviera en claro si se quedaba poco o mucho tiempo. Pero la ciudad austral se transformó finalmente en su hogar; allí se casó y tuvo cinco hijos. Lo intuyera o no –seguramente no– el menor de ellos, Manuel, se convertiría en un personaje fundamental en la historia de esa urbe rioplatense y también del país que –y eso sí José Antonio no podía imaginarlo– se llamaría Argentina.

La historia de Do Rego no tiene nada de extraña; por el contrario, era corriente que muchos portugueses se instalaran en Buenos Aires. En el mismo año de su fundación, 1580, el monarca español Felipe II se convirtió también en rey de Portugal, y ambas coronas estuvieron unidas hasta 1640. Aprovechando la situación, un nutrido grupo de portugueses fue a vivir a esa aldea que rápidamente se volvería un centro mercantil. Entre estos migrantes iniciales había muchos que tenían un perfil considerado sospechoso en la época: una posible ascendencia judía. Los conversos, llamados “cristianos nuevos” y hostigados en Europa, se sentían atraídos por las más permisivas tierras americanas, especialmente por los espacios periféricos como Buenos Aires. En un lugar tan marginal del mundo cristiano como ese puerto lejano se podía empezar una vida enteramente nueva.

Tras la separación luso-hispana, los portugueses mantuvieron su presencia en el Río de la Plata: en 1680 fundaron Colonia do Sacramento

justo delante de Buenos Aires. Al año siguiente, los españoles enviaron una expedición que desalojó a los nuevos colonizadores, pero por un tratado europeo la ciudad retornó a manos lusitanas hasta que en 1704 los españoles volvieron a conquistarla; sin embargo, en 1715 la Corona la devolvió en función de otras adquisiciones. En 1735 hubo un tercer ataque contra los portugueses, que esta vez fracasó en tomar la ciudad pero estableció un sitio de dos años tras los cuales un pacto los obligó a abandonar la producción agrícola en la zona, para alimentar a su población a través del comercio. En 1762, como parte de la llamada Guerra de los Siete Años –librada en distintos lugares del mundo por las potencias europeas– el gobernador de Buenos Aires Pedro de Cevallos se apoderó de Colonia, la que, no obstante, volvió a manos portuguesas después del fin de las hostilidades en Europa y América del Norte.¹

De todos modos, una relación mercantil muy intensa unió a Buenos Aires y Colonia en paralelo a los enfrentamientos. El comercio entre ambas plazas a través del contrabando fue permanente: cientos de esclavos y productos europeos y brasileños entraban a territorio español de manos portuguesas, que a su vez obtenían plata proveniente de las minas de Potosí y también cueros. Así, Buenos Aires, Colonia y –desde su fundación en 1726– Montevideo formaban un complejo portuario ligado al mundo mercantil del Atlántico.²

No sólo las mercancías circulaban; también lo hacía la gente, sobre todo los hombres. Este fue el caso de Do Rego, que a los 16 años partió de Barcelos, en Portugal, donde había nacido; esa región, el Minho, tenía una alta densidad de población y buena parte de los portugueses que emigraban lo hacían desde allí. El joven Do Rego recaló en Río de Janeiro y se dedicó al comercio. Tres años después se trasladó a Colonia, donde permaneció solo un mes, hasta que atraído por Buenos Aires se instaló allí en 1766.³

Había dos tipos de migrantes portugueses a Buenos Aires, donde constituyeron la principal minoría de extranjeros durante todo el período colonial (excluyendo, claro está, a los españoles, que lógicamente no eran tomados por extranjeros en esa época). Por un lado, estaban los pobres, casi todos analfabetos, que llegaban de modo clandestino a la costas del Brasil pero a veces terminaban más al sur, en el último puerto importante del Atlántico, tan integrado a los circuitos brasileños. En Buenos Aires se desempeñaban como artesanos, jornaleros, pequeños

comerciantes, marineros –muchos de los que ejercían ese oficio en la ciudad eran de origen lusitano– o en el mantenimiento de los buques que llegaban al puerto. Mayoritariamente formaban parte de la plebe de la ciudad, aunque algunos ascendían a los sectores intermedios. Por otro lado, estaban los migrantes alfabetizados, que tenían en su país de origen un nivel social más elevado; solían insertarse bien en la sociedad porteña y en general se dedicaban al comercio.⁴ A este grupo pertenecía Do Rego, que era letrado y había recibido una educación formal.

Algunos portugueses contraían matrimonio dentro de su colectividad, pero como había más hombres que mujeres de ese origen, y como una forma de integración, también se vinculaban con familias del patriado porteño. Esto hizo Do Rego, que un lustro después de su arribo se casó con una joven criolla, María de la Ascensión Salas; él de 25 años, ella de 17. Tuvieron a su primera hija en 1777, un año complicado para los portugueses en Buenos Aires. La ciudad acababa de ser nombrada capital del nuevo Virreinato del Río de la Plata y Pedro de Cevallos había regresado a la región encabezando un numeroso ejército español que una vez más tomó Colonia, la saqueó y envió varios de los bienes así obtenidos a los porteños. Ese dato y la victoria convirtieron a Cevallos en el primer héroe popular en Buenos Aires del que tengamos noticia; muchos años más tarde ese lugar lo ocuparía Manuel Dorrego.

Tras la última captura, la arrasada Colonia no fue devuelta y se mantendría en poder español. El efecto inmediato de la campaña militar fue un endurecimiento de la actitud hacia los portugueses. La legislación contra los extranjeros, que en teoría no podían instalarse en el Río de la Plata, no se aplicaba en la práctica, pero en esta oportunidad –tal como había ocurrido en 1763 después de la anterior caída de Colonia– varios portugueses fueron “internados” en otros lugares del territorio, lejos de Buenos Aires. Sin embargo, la cuestión no pasó a mayores y pronto los lusitanos recuperaron un lugar central en la ciudad, cuando España entró en guerra con Gran Bretaña (entre 1779 y 1782) y la situación de neutralidad de Portugal les permitió convertirse en canalizadores del tráfico comercial rioplatense, sobre todo vendiendo esclavos y comprando cueros. Así, por ejemplo, como de acuerdo a las disposiciones los barcos portugueses no podían entrar en Buenos Aires y Montevideo, acudían al principio de “arribada forzosa”, por el cual una nave podía solicitar asilo ante daños sufridos en alta mar, lo que le permitía desem-

barcar la carga para realizar las reparaciones necesarias y venderla para poder financiarlas. Era un antiguo método de contrabando.⁵

Al final de ese conflicto las autoridades virreinales endurecieron su posición con los barcos extranjeros, vedando estrictamente su ingreso a los puertos, al tiempo que el virrey del Brasil prohibió la extracción de esclavos desde su jurisdicción, que era la principal proveedora de los territorios hispanos en el Río de la Plata. No obstante, los comerciantes de Buenos Aires, Montevideo y sus “socios” portugueses (europeos y brasileños) consiguieron reestablecer el tráfico. Esto se debió a que entre la década de 1780 y el año 1807 Gran Bretaña y España estuvieron en guerra varias veces, haciendo del cruce del Atlántico una empresa peligrosa si se portaba una bandera hispana; el barco podía ser atacado por corsarios británicos. Al mismo tiempo, España y Portugal no volvieron a enfrentarse militarmente durante ese período, salvo en un pequeño conflicto en 1801. Se desarrolló entonces un sistema alternativo: varios comerciantes porteños y montevideanos conducían mercancías a Río de Janeiro, donde arribaban mediante distintos artilugios como los que se usaban en Buenos Aires, y desde allí enviaban los productos hacia Cádiz bajo la neutral bandera portuguesa. Esta cooperación era semilegal: las autoridades españolas sabían que era la manera más segura de cruzar el Atlántico y las portuguesas lo vieron como una oportunidad de acceder a la plata y los cueros que antes captaban a través de Colonia. Los comerciantes portugueses residentes en Buenos Aires participaron en estas redes y pudieron por lo tanto progresar sostenidamente en la última parte del siglo XVIII, período de gran crecimiento económico en la capital virreinal.⁶ Uno de los que prosperó a través del comercio fue José Antonio Do Rego.

La impronta portuguesa en la capital del Virreinato del Río de la Plata se notaba a primera vista. Se consumía tabaco, aguardiente (cachaça) y azúcar importados del Brasil, de donde también provenían muchos de los muebles de jacarandá que se usaban en Buenos Aires, que contaba con muy pocos árboles. La influencia lusitana se percibía también en las iglesias, dado que varios de los artistas que elaboraban los retablos eran de ese origen, y lo mismo ocurría con muchos plateros.⁷

La importancia de lo portugués en Buenos Aires contribuyó a estimular cierto rencor de algunos sectores contra los de ese origen. Tal vez por eso el apellido familiar Do Rego se transformó en el castellanizado

Dorrego de sus hijos. Y esa tirantez no quedó allí. La vida del quinto hijo del inmigrante José Antonio estaría marcada por una tensa relación con los portugueses.

CRECER EN BUENOS AIRES

Manuel Crispulo Bernabé Dorrego nació el 11 de junio de 1787 y fue bautizado al día siguiente en la iglesia de San Nicolás de Bari (que se encontraba donde hoy está el obelisco). Su nombre, de origen bíblico, muy usado en el mundo ibérico, es una de las formas de nombrar a Jesús, “El Dios que está entre nosotros”. Por la fecha, recibió otros nombres del Santoral, de dos mártires cristianos, ya que San Crispulo es del 10 de junio y San Bernabé del 11; además su abuelo materno y padrino se llamaba Juan Bernabé.⁸ Mirado retrospectivamente, este último nombre resultó premonitorio: significa “el esforzado”, “el que anima y entusiasmo”.

Manuel fue el último de los cinco hijos del matrimonio Do Rego-Salas. Antes habían nacido María de las Nieves, en 1777, María Trinidad, en 1779, María Magdalena, en 1781 y José Luis, en 1784. Éste, conocido como Luis a secas, tendría también un papel destacado en años posteriores. Por el momento crecían en una Buenos Aires que también lo hacía aceleradamente al compás del comercio y de sus actividades burocráticas, y que empezaba a mostrar algunos modestos símbolos de su progreso, como la plaza de toros del Retiro inaugurada en 1801 (entre las actuales calles Florida y Santa Fe) y la recova que se construyó en la Plaza Mayor, concluida en 1803 e imponente para los estándares de la urbe. Los 24.000 habitantes consignados en el censo de 1778 ya eran más de 40.000 al comenzar el siglo XIX.

La situación próspera de la familia al momento de su nacimiento hizo que Manuel Dorrego fuese desde siempre un miembro de lo que llamamos la elite de la ciudad, un término muy impreciso que en general se emplea para denominar a las clases altas de la sociedad. Pertenecer a la elite implicaba, entre otras cosas, ser considerado blanco, tener dinero y a la vez ser reconocido por los demás como un par. La elite porteña de la última parte del siglo XVIII tendía a pensar a la sociedad separada en dos grupos: la “gente decente”, es decir ella misma, y la

plebe. Por supuesto que la realidad era mucho más rica que tan rígida división dual, pero ésta funcionaba como una clasificación de trazo grueso. La familia Dorrego era “decente”. Tenía una pequeña fortuna, no muy importante pero sí suficiente para cumplir con holgura los requisitos sociales mínimos; el hijo de Tomás Guido, cuyo padre la conoció bien, dice que contaba con una “posición modesta”.⁹ El mismo año en que nació Manuel, José Antonio Do Rego inició la construcción de una casa propia en la calle de la Merced (hoy Perón); antes alquilaba en la calle de San Nicolás (actual Corrientes). La bonanza de la familia fue en aumento: en la década de 1790 era dueña de dos tiendas en la calle de San Nicolás y poseía una quinta afuera de la ciudad. Contaba además con cinco esclavos para el servicio doméstico, que era la dotación promedio de una casa pudiente, generalmente compuesta por una cocinera, un lacayo, un cochero, una encargada de la limpieza y un o una que acarrea agua y también fregaba.¹⁰

A la vez, los Dorrego cumplían otro requisito fundamental de pertenencia a la elite: el acceso de los hombres a la educación formal. Estar alfabetizado era un símbolo de estatus y la gran mayoría de la población no sabía leer ni escribir. No sabemos cómo fue en el caso de esta familia, pero habitualmente los niños que podían hacerlo acudían a casas de maestros —“escuelas” que debían ser autorizadas por el Cabildo— o los padres contrataban a los maestros para que concurrieran a su casa (habitual en el caso de las niñas). Primero se les enseñaba a leer, a escribir y a hacer cuentas, junto con la doctrina cristiana; luego solían aprender ortografía y gramática castellana, a lo cual se sumaba el estudio del latín.¹¹ Más tarde venía la instrucción de los varones, a la que accedía una pequeña parte de la población. Manuel Dorrego fue uno de los privilegiados que pudo hacerlo, dado que para sus padres la educación era un valor principal. De hecho, hizo sus primeras letras con el reputado maestro Luis José de Chorroarín.

En 1803, a los 15 años, el joven de pelo oscuro y cara redondeada superó con éxito un examen de gramática e ingresó en el Real Colegio de San Carlos. No debe haber sido un momento fácil, dado que el 17 de marzo de ese año murió su madre. Dorrego entraba a la institución educativa más importante de Buenos Aires, fundada por los jesuitas, que lo dirigieron hasta que fueron expulsados en 1767 de los dominios españoles. El colegio fue rebautizado en honor al rey Carlos III —quien

tomó la medida contra la Compañía de Jesús— y pasó a ser dirigido por el clero secular de la ciudad, bajo control de los virreyes desde 1776. La formación se centraba en el manejo de la lengua castellana y del latín, en teología y en filosofía. Buena parte de los hombres de la elite porteña concurrió a esos claustros, donde los alumnos se “internaban”. Por ejemplo, Luis Dorrego, quien estudió en el Colegio antes que su hermano, fue condiscípulo de Bernardino Rivadavia, Vicente López y Tomás de Anchorena, entre otros. Manuel tuvo como compañeros a Tomás Guido y a Esteban de Luca.

Sus años en el colegio se extenderían hasta 1808. El menor de los Dorrego era estudioso y se conservan varias actas donde se explica que había “plenamente aprobado” las asignaturas. Se dijo que era “el primero en los juegos” y “el primero en trepar a las higueras del vecino para distribuir generosamente los despojos”. Es habitual que los relatos sobre la vida de los héroes destaquen sus cualidades desde la infancia, algo que puede haber sido realmente así o puede ser una mitificación posterior, y no hay forma de saberlo con exactitud. En todo caso, existe un claro indicio de que el joven Manuel tenía ascendencia: fue elegido por sus compañeros en dos oportunidades para defender las conclusiones generales de filosofía ante los profesores, algo que se acostumbraba en la escuela.¹²

Cuando promediaba sus estudios, Buenos Aires fue sacudida por un acontecimiento disruptivo en extremo. A mediados de 1806 un pequeño ejército británico desembarcó en las cercanías de la ciudad. Para ese momento ya habían pasado varias décadas desde que la Corona española empezara a sufrir invasiones inglesas a su imperio (una había capturado La Habana en 1762) y buena parte de los esfuerzos realizados por los reyes para reorganizar las colonias en la última parte del siglo XVIII —creando entre otras cosas el Virreinato del Río de la Plata— tenían como objetivo mejorar las posibilidades de protegerlas. Sin embargo, cuando la amenaza se hizo realidad frente a Buenos Aires, el sistema falló: la torpe defensa que presentaron las pocas tropas apostadas allí —el grueso estaba en la Banda Oriental— fue fácilmente desbaratada por los invasores, que con poco esfuerzo se apoderaron de la capital. El virrey Rafael de Sobremonte huyó para organizar una contraofensiva desde Córdoba, pero el gesto fue percibido como cobardía por los porteños. Las corporaciones juraron obediencia a Su Majestad Británica y Buenos Aires quedó en manos extranjeras.

Casi de inmediato surgieron pequeñas resistencias en la ciudad y sus alrededores: insultos a los británicos, guardias que eran desarmados en alguna pulpería, reuniones nocturnas en las que se conspiraba. Los invasores se instalaron a la vuelta del Colegio de San Carlos e incluso hubo una propuesta concreta de cavar un túnel desde allí para atacar por sorpresa su cuartel. Finalmente, una fuerza militar organizada en Montevideo por el oficial Santiago de Liniers, a la cual se le fueron sumando grupos de voluntarios en la campaña bonaerense, avanzó sobre la ciudad. De modo inorgánico, muchos porteños se sumaron a la lucha, incluyendo mujeres y niños. La modesta dotación británica no pudo resistir la fuerte ofensiva y tras un combate en la Plaza Mayor debió capitular. Buenos Aires había sido liberada en buena medida por su propia población.

Pero no por toda ella: Manuel Dorrego no intervino en la Reconquista. Y no sólo en ese episodio trascendental, sino tampoco en todo lo que sucedió después. Apenas producida la rendición inglesa se convocó un cabildo abierto –reunión que se realizaba entre los vecinos notables cuando había una situación crítica–, en el cual, respetando lo que exigía una multitud congregada frente al ayuntamiento, se decidió quitar el mando militar a Sobremonte y otorgárselo a Liniers. Además, se prohibió al virrey regresar a la capital. Casi en simultáneo a esta desobediencia a un funcionario real se dio otro fenómeno impactante: la mayoría de los hombres ingresó en los cuerpos milicianos que se formaron con el objetivo de enfrentar cualquier posible retorno británico. El más numeroso fue el de patricios, que agrupó a los blancos nacidos en Buenos Aires –en esa época una de las acepciones de “patria” era la ciudad en la que se había nacido– que tenían entre 16 y 65 años. Cientos de porteños ingresaron en las filas de los patricios; los oficiales pertenecían a la elite de la ciudad pero eran elegidos por los soldados, mayoritariamente plebeyos. Los otros batallones estaban integrados por arribeños –migrantes del Norte, de “arriba”–, por pardos y morenos –que por su inferioridad jurídica debida al color de piel no podían formar junto con los blancos– y por españoles agrupados de acuerdo a su región de origen; incluso hubo un cuerpo de esclavos armados con lanzas. Más de 7.500 hombres pasaron a formar parte de la milicia, lo cual constituía la mayoría de la población masculina adulta de la ciudad. Sin embargo, Dorrego no vivió esa experiencia.

Y aparentemente tampoco participó, en el invierno siguiente, en otro evento crucial: la segunda invasión británica, que tras haber tomado Montevideo y dispersado a las fuerzas porteñas en las afueras de la capital, fue derrotada completamente en una feroz lucha callejera el 5 de julio de 1807, en lo que se conoció como la Defensa, que involucró a una gran parte de la población urbana. Incluso varios alumnos del Colegio de San Carlos abandonaron en esos días febriles los claustros para sumarse a las nuevas milicias. Toda la manzana donde estaba emplazado el colegio –hoy el Nacional Buenos Aires, en Bolívar entre Alsina y Moreno– se pobló de cuarteles para los nuevos batallones y el de patrios se ubicó en el mismo edificio escolar.¹³

No debe de haber sido fácil para un joven resistirse al entusiasmo colectivo, y si se tienen en cuenta las acciones que Dorrego protagonizaría en años posteriores su ausencia en estas grandes conmociones sin duda sorprende. Algunos biógrafos han sostenido que la explicación a este misterio –para el cual no se cuenta con documentos– radica en la obediencia al mandato del padre, quien habría sido hostil hacia lo español por su origen portugués. Este argumento es un tanto débil; más allá de su origen, José Antonio Do Rego estaba afincado hacía cuarenta años en la ciudad, su familia era porteña y podía haber desarrollado, si no un cariño por lo español, sí uno por el lugar en el cual había decidido pasar su vida. Parecen más plausibles otras alternativas: que haya buscado proteger a su hijo temiendo alguna represalia contra los portugueses por extranjeros, como había ocurrido otras veces (la última en la breve guerra ibérica de 1801), o porque desde 1805 estaban otra vez enfrentadas la alianza de Gran Bretaña y Portugal contra la de Francia y España. Otra posibilidad es que Do Rego intentara preservar a toda costa la carrera estudiantil de su hijo, lo cual para él era un valor fundamental en el cual invertía buen dinero. Por una u otra razón, es claro que la obediencia a la decisión paterna, cuyo peso en la época era muy grande, fue lo que evitó que Manuel se sumara a la euforia de sus vecinos.¹⁴

A fines de 1808, apenas terminó sus estudios, tendría una pequeña revancha. Si bien para ese momento el peligro de una tercera invasión inglesa se había alejado, una nueva convulsión sacudió a Buenos Aires, aunque esta vez también a toda la monarquía española. Napoleón Bonaparte, emperador de Francia y hasta entonces aliado de España, decidió invadir este país y buscó otorgar legalidad a la acción forzando la abdi-

cación del recientemente nombrado rey Fernando VII, quien tuvo que devolver la corona a su padre Carlos IV (que había sido obligado a renunciar poco antes por un motín favorable a Fernando); Carlos se la cedió a Napoleón, que a su vez nombró como rey español a su hermano José Bonaparte. La medida fue considerada ilegítima por la mayoría de los españoles, quienes comenzaron una resistencia armada contra los franceses mientras nombraban gobiernos locales de acuerdo al principio de que habiendo afealdía real la soberanía retornaba a los pueblos –las ciudades– hasta que volviese el monarca legítimo, Fernando VII, que había quedado preso de Bonaparte. Las juntas de gobierno que se crearon en diversas localidades españolas se reunieron en una Junta central, en Sevilla, y este gobierno provisorio fue aceptado en América como autoridad; el *statu quo* se mantuvo en el Imperio. Todos los territorios hispanos se agitaron con la novedad: las expresiones de patriotismo antifrancés y de fidelidad al rey se combinaban con la discusión de distintas alternativas para enfrentar la situación. Quito, La Paz y Charcas imitaron el ejemplo de la metrópoli y formaron juntas de gobierno local, pero éstas fueron duramente reprimidas por las autoridades coloniales de Lima y Buenos Aires. En esta última, y también en otras, se hizo fuerte el “carlotismo”, la propuesta de que Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII casada con el príncipe regente de Portugal –que había trasladado su corte a Río de Janeiro para escapar de Bonaparte– se convirtiese en regente de Sudamérica hasta que retornara el rey cautivo, cuestión difícil de imaginar en la época, teniendo en cuenta el inmenso poderío del ejército napoleónico.¹⁵

Un efecto de la conmoción general del mundo hispano se vivió en la capital rioplatense el 1° de enero de 1809. Mientras Dorrego se preparaba para continuar sus estudios en la Universidad de San Felipe, en Santiago de Chile, para convertirse en abogado –incluso ya había despachado sus equipajes para dicha ciudad– se produjo en Buenos Aires un movimiento encabezado por el Cabildo que pedía la formación de una junta para oponerse al virrey Liniers, quien había llegado a ese cargo por su destacada labor contra los británicos. El Cabildo fue apoyado por los cuerpos milicianos de gallegos, montañeses, vizcaínos y migueletes, junto con una pequeña multitud congregada en la Plaza Mayor, ahora rebautizada “Plaza de la Victoria” por los triunfos sobre Gran Bretaña. Pero Liniers fue sostenido por los regimientos americanos, más poder-

sos (sobre todo el de patricios), y por los andaluces. Así, el Cabildo –dirigido en ese momento por comerciantes españoles de mucha importancia– fue derrotado y los líderes de la asonada quedaron detenidos.¹⁶

Un primo político de Dorrego, el catalán Salvador Cornet, que se había casado recientemente con una prima suya, estaba envuelto en la conspiración y debió huir. Luego de pedir permiso a su padre, el joven decidió asistir a Cornet, a quien apenas conocía, para que se fugara a la Banda Oriental. Una medianoche se dirigió a unos terrenos fuera de la ciudad, en San Fernando, donde Cornet se mantenía oculto junto a otro de los involucrados. Contrató unos baqueanos para que los ayudaran en el trayecto e incorporó a la expedición a un sargento que también escapaba de la persecución. Al amanecer, ya en la orilla del río, Dorrego pagó a unas muchachas lavanderas para que llevaran escondidos los bultos y recados de los prófugos hacia una embarcación previamente preparada, intentando con ello evitar las sospechas de una partida que vigilaba la zona. Con el peligro cercano, el grupo se zambulló en las aguas hasta llegar al lanchón, con el cual zarparon a toda vela hacia el otro lado del río. El viaje fue largo y finalmente desembarcaron, para dirigirse andando hasta Montevideo. En ese trayecto sufrieron el ataque de un perro cimarrón, posiblemente rabioso, que provocó el desbande de los viajeros. Pero no de Dorrego, quien decidió hacerle frente y le dio muerte de un sablazo. Así tuvo su primera experiencia de acción.¹⁷

EN CHILE

Una vez que regresó de su aventura iniciática fuera de Buenos Aires, Dorrego se aprontó a partir hacia Santiago. La ciudad a la que se dirigía también era importante para la época: era capital de la capitanía general de Chile y contaba con unos 30.000 habitantes; había crecido y se había refinado a fines del siglo XVIII (por ejemplo, se había construido el importante puente de Cal y Canto sobre el río Mapocho). En el virreinato del Río de la Plata había dos universidades, la de Córdoba y la de Charcas (o Chuquisaca), que eran destino habitual de los miembros de la elite de Buenos Aires para estudiar, dado que la capital virreinal no contaba con ninguna (más raramente alguien muy rico podía formarse en España, como ocurrió con Manuel Belgrano en la Universidad de

Salamanca). Existía, sin embargo, otro destino posible para un rioplantense: precisamente la Real Universidad de San Felipe en Chile, fundada en 1738. Dorrego fue en efecto uno de los 45 ex alumnos del porteño Real Colegio de San Carlos que luego siguieron estudios superiores en esa institución durante el período colonial. Aparentemente la elección de ese destino se realizó porque Córdoba era fuerte en teología pero no en derecho, mientras que Charcas se encontraba muy lejos; además, su hermano ya lo había precedido en la casa de estudios chilena. La decisión principal era del padre, que se encargaba de pagar la educación de su hijo.¹⁸

Formarse en la Universidad de San Felipe era prestigioso para un abogado, pero también era caro. Fue entonces un reducto de la elite de Santiago. Al sumarse a sus claustros en 1809, el joven porteño se insertó pronto en los círculos de las grandes familias santiaguinas. Y según parece, tal como había ocurrido en el colegio, fue bien considerado por sus condiscípulos.

Dorrego estudió allí derecho romano, que se enseñaba en latín con las “institutas” de Justiniano, y su aplicación en la legislación española. Pero a diferencia de algunas antecesoras, San Felipe era una universidad que no dependía de una orden religiosa sino del rey y había nacido en el momento en que la Corona enfatizaba su papel directivo por sobre el de la Iglesia, idea muy presente en la educación de la última parte del siglo XVIII. Los autores jesuitas y cualquier escritor ligado con la noción de tiranicidio fueron prohibidos; la visión del Estado que se transmitía era racionalista. Los referentes de la ilustración española –Gaspar de Jovellanos, Pedro Rodríguez de Campomanes y Benito Feijoo– se incorporaron a la enseñanza; se trataba de autores que buscaban una modernización económica y administrativa del Imperio. Estos textos ilustrados argumentaban a favor del mantenimiento de las jerarquías pero al mismo tiempo impulsaban transformaciones basadas en la convicción de que a través de la acción humana era posible modificar la realidad. Las ideas de la ilustración española difundidas en la última parte del siglo XVIII no eran revolucionarias *per se* pero implicaron una reflexión sobre el cambio, que en la coyuntura abierta en 1808 contribuiría a dar herramientas para pensar alternativas políticas novedosas.¹⁹

El derrotero de Dorrego en la universidad, de hecho, estuvo condicionado por un clima semejante al que había dejado atrás en Buenos